

MADRID

RELATO DE
SOUAD HADJ-ALI MOUHOUH

Todas las mañanas veo cómo se despierta perezosamente de su sueño apartando poco a poco el manto de seda oscura salpicado de estrellas que la cubre para saludar el nuevo día que la inundará con su cálida y generosa luz.

Veó cómo la colcha negra estrellada va cayendo dejando al descubierto un hermoso velo que viste todos los colores del arco iris, dependiendo de los caprichos de los días. Según si es verano o invierno, otoño o primavera, el velo es liso o arrugado, uniforme o manchado. Su intenso color bermejo nace de un fuego ardiente que se expande lentamente eyectando sus rayos a través de la cúpula del cielo. La bola rojiza emerge despacio de un horizonte tranquilo o turbulento, en el que se había sumergido la víspera por el lado opuesto, anunciando un nuevo día para Madrid.

Todos los días acojo a la ciudad que renace bajo mi mirada. Cada mañana le deseo la bienvenida y veo cómo se desnuda tímidamente para enseñarme su cara, su cuerpo y el bullicio de sus entrañas. Madrid se descubre bajo la luz que empieza a inundarla cálida y generosamente.

Con un guiño cómplice, Madrid se desentiende de mí con la certeza de que a la mañana siguiente estaré aguardando su despertar. Entonces me despido y me fundo en ella dejándome llevar por su ritmo. Ella me guía y yo se lo concedo.

Madrid empezó a interesarme desde el momento en que, en mi lejana adolescencia, decidí aprender su idioma prefiriéndolo a los demás que tenía la posibilidad de estudiar. De este idioma me había seducido la musicalidad que me habían transmitido en mi tierna infancia las gitanas que pregonaban todo tipo de encajes que vendían en mi ciudad natal argelina, y las baladas y canciones que uno de mis tíos escuchaba en casa durante su época romántica.

Me atraía la resonancia de su nombre y el equilibrio que se desprendía de su estructura gráfica. Recuerdo que en clase de plástica, cuando nos había tocado reproducir las letras dibujándolas y pintándolas minuciosamente, la palabra Madrid fue la que yo había reproducido utilizando un color verde esmeralda. A la pregunta de la profesora que quería saber el motivo de mi elección, contesté simplemente que me gustaba tal palabra y que esperaba visitar algún día la ciudad que llevaba su nombre y que se me antojaba atractiva, estando segura, a mis catorce años, que aquello no era más que un mero sueño, un simple deseo de niña que, a parte de la capital argelina, no había tenido la oportunidad de conocer ninguna otra, tan solo algunas gracias a las postales que enviaban los familiares viajeros o a las revistas que se compraban en casa. Más tarde, al cabo de un espléndido viaje a España con el que mi madre me había recompensado por mis resultados escolares, me despedí con el corazón encogido de la estatua del Quijote, de la Gran Vía, de los jardines del Retiro... como quien abandona para siempre un lugar de ensueño.

Pero Madrid seguía presente en mí y empecé a impregnarme de su esencia cuando inicié más tarde una larga estancia en sus universidades y bibliotecas, cuando entablé relaciones amistosas con su gente y comencé a recorrer sus barrios, a frecuentar sus fiestas, a perderme en los meandros de su metro y a emprender el camino de sus largos paseos y avenidas, de día y de noche, sintiendo su calor y su frío, cuando me mezclé con sus habitantes, en mercados y museos, en ferias y mítines...

Y mucho más tarde, Madrid se convirtió en mi ciudad-exilio, porque ella me abrió sus brazos cuando necesité tener un nido donde refugiarme. Mis recuerdos de juventud me ayudaron a instalarme en una ciudad que seguía siendo aquella que había conocido entonces, pero que prometía unos cambios impuestos por las circunstancias y la historia. En efecto, con el paso del tiempo, Madrid ha dejado de no ser más que la cuna de sus propios hijos para transformarse en un espacio cosmopolita que recibe a todas las personas que desean descubrirla, que necesitan de su protección o que pasan por ella para volar hacia otros horizontes que creen tal vez más seguros.

A pesar del paso del tiempo y de los cambios que podría haber acumulado Madrid, ella sigue ofreciéndome su cielo, más aún, ella se ha puesto

de repente a mis pies entregándose totalmente a mí, mostrándome sus lados más recónditos y desvelándome sus intimidades en cada momento del día. Me enseña sus tejados y sus azoteas, sus calles y sus monumentos, y, como un guía, despliega un mapa y me pide que escoja un lugar que visitar, colocando al azar mi dedo en cualquier punto de su extensa geografía. De este modo, cada día emprendo un viaje procurando reconocer cada rincón, atribuir un nombre a cada calle, distinguir cada edificio con la certeza de que a la mañana siguiente descubriré nuevos palacios, otras plazas y más parques. Tras un largo paseo panorámico, me dispongo a admirar sus atardeceres viendo cómo su luz anaranjada se sumerge en la tierra enverdecida de una casa de campo rodeada de lejanos montes violáceos, sin que la noche la cubra por completo, porque a la luz del sol, se suceden misteriosamente la de las estrellas y de la luna y la fosforescencia de su alumbrado que emerge gradualmente a medida que desaparecen los rayos diurnos. Pasadas unas horas de descanso nocturno, la veo de nuevo renacer y siempre sé cuándo se despiertan sus habitantes porque detrás de cada ventana que enciende su luz, presiento el latir de un corazón, el parpadeo de unos ojos apenas despejados, el susurrar de una voz. Madrid se despereza y sacude despacio las estrellas esparcidas por el manto oscuro que la cubría y estira un hermoso encaje de color rosa, amarillo o gris azulado, dependiendo de su estado de ánimo, extendiéndolo sobre la ciudad que se prepara para vivir un nuevo día.

Pero a veces Madrid me sorprende cuando apaga todas sus luces y se sumerge en una absoluta oscuridad. Mis ojos topan con un muro que se levanta repentinamente y la oculta entera. La busco desesperadamente pero no la veo por ninguna parte: desaparece. La envuelve la densa niebla otoñal que anuncia la rudeza del invierno. No me acostumbro a su ausencia, y en mi soledad duermo con el miedo de no volver a verla. Por la mañana, una luz opaca y sucia me rodea. Tiendo las manos para apartar de mí este telón gris que me tapa la vista, pero no lo consigo. Mis manos no tocan nada, se mueven en el vacío. ¿Dónde está Madrid?, me pregunto, ¿me ha abandonado? Agudizo la mirada con la esperanza de percibir algún índice de su presencia y no la veo, aunque sí distingo sus ruidos matinales, entonces espero. Mi esperanza renace cuando se perfilan tenues y vaporosos los contornos de sus edificios, cuando algunas luces

borrosas me hacen señales tranquilizadoras. La magia de una ciudad que surge de la nada me cautiva y, emocionada, empiezo a descubrir nuevamente el renacer de Madrid que me reserva, lo sé, la austeridad de sus inviernos desnudos o, tal vez, cubiertos con una fría capa blanquecina, y las alegrías de sus primaveras en flor.

Madrid, jamás me hubiera imaginado que acabarías convirtiéndote en la ciudad de mis días y de mis noches, en la ciudad de mis amaneceres.

Madrid, septiembre-diciembre de 2011
desde lo alto del Alto de Extremadura